

versamente de como Vos queréis! Quería hacerlo sin violentarme, sin llevar mi cruz, sin mortificar mi carne, sin refrenar mis inclinaciones culpables! Pretendía conciliar la santidad con esa vida sensual que Vos aborrecéis, con esa disimulada ambición y secreto orgullo que Vos condenáis. Mi proceder ha hecho que Vos, Verdad eterna, aparezcáis mentiroso, tergiversando vuestro Evangelio que estoy obligado á defender y sostener: os obligaba á justificar y aprobar mis pasiones mientras predicaba á los demás el exterminio de ellas. ¡Ah Señor! Después que me habéis hecho ver la deplorable ilusión en que vivía, no permitáis que recaiga en ella; y merced á vuestra gracia, sin perder ya ni un solo momento, pues demasiado tiempo he malgastado, guardaré siempre vuestra santa ley. Esta es la resolución que postrado á vuestros santísimos pies, renuevo hoy con solemne juramento: *Juravi, et statui custodire judicium justitiæ tuæ* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Mi santificación es negocio personal.* No podré llevarlo á cabo con felicidad si yo mismo no me dedico á él con ardor, puesto que es un negocio todo mío: lo que el hombre hubiere sembrado, eso recogerá; mi trabajo, por tanto, es lo que será recompensado. Aquel que me ha criado sin mí no puede salvarme sin mí. Es indudable pues, que aquí se trata de todos mis intereses. Así como hay un amor de suyo pecaminoso y prohibido, hay también otro que la religión y la razón de consuno nos encarecen y recomiendan.

PUNTO SEGUNDO.—*Mi santificación es un negocio difícil y á la vez necesario.* El sacrificio continuo que debo hacer de la naturaleza á la gracia hace tan estrecha la senda de la santificación y salvación que hubo de decir el mismo Salvador: *Quam arcta via est, et pauci sunt qui inveniunt eam!* Es preciso pues, morir completamente á sí mismo para vivir de Jesucristo. *El reino de los Cielos padece violencia.*

(1) Ps. CXVIII, 106.

Además, contra la necesidad no hay razones. Es necesario que sea santo, porque no es posible que me resigne á ser réprobo.

PUNTO TERCERO.—*Mi santificación es negocio apremiante.* Mucho tengo que trabajar para llegar á ser un sacerdote santo. ¡Cuántos defectos que desarraigar! ¡Cuántas virtudes que adquirir! Y para esto ¿cuánto tiempo se me ha concedido?... Hoy empiezo..... acaso me sea forzoso concluir mañana.

MEDITACIÓN XIV

Del uso que debe hacer el sacerdote de los medios de santificación que se le ofrecen

- I. El buen sacerdote halla en todo medios para santificarse.
- II. Es fiel y constante en aprovecharse de todos ellos.

PRIMER PRELUDIO.—Me imaginaré estar entre los discípulos de Jesucristo, cuando desde el monte predicaba las ocho bienaventuranzas y me figuraré que dirigiéndose á mí me dice: *Beati, qui esuriunt, et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur* (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Dadme, Dios mío, esa hambre y sed, ese deseo ardiente de aumentar cada día en la justicia para ser más agradable á vuestros ojos, y saciad al mismo tiempo esa hambre que en mí hubiereis suscitado.

PUNTO I

El buen sacerdote halla en todo medios para santificarse

En sus estudios, en sus ministerios, en sus pruebas y trabajos, en el desempeño de sus mismas obligaciones.

1.º *En los estudios.*—Aplicarme á la ciencia eclesiástica vale tanto como alejar de mí todas las tenta-

(1) Math., V, 6.

ciones que ocasionan el ocio y las conversaciones inútiles; es como encadenar mi imaginación que llega á ser un enemigo formidable cuando se le permite deleitarse en sus delirios. En efecto, cuando me aplico á la ciencia sagrada que es propia de mi estado vivo en otro mundo, respiro un aire purísimo y, casi abstraído del imperio de los sentidos, vivo de mi pensamiento, de mi espíritu.

Entonces me entretengo en santas pláticas con los Doctores ó con el Espíritu divino que los inspiró: fortalezo mi fe nutriéndome de la verdad que es el alimento de Dios. De este modo, adquiriendo cada día un conocimiento más perfecto de Dios, me animo á la vez á servirle y amarle para siempre con mayor perfección. ¡Qué de recursos para santificarme no hallo pues en mis estudios!

2.º *En los ministerios.*—Mis obligaciones son como otros tantos canales por los que debo comunicar á las almas aquella agua viva y santificante que lleva á la vida eterna (1).

Ahora bien, dispensando ya la gracia á mis hermanos, puedo aumentar continuamente ese tesoro en mí mismo. Además de la caridad y otras virtudes como la paciencia y mortificación que ejercito y practico en ello ¿puedo visitar á los enfermos, anunciar la palabra divina, administrar los sacramentos, sin que en todo esto, y en dondequiera y en todo tiempo no halle algún motivo para mi santificación? Los moribundos me hablan de la muerte; me recuerdan que pronto tendré yo también que necesitar de aquella asistencia que á ellos presto. Las verdades que predico han de servir más para mí que para mis oyentes. La reconciliación de los pecadores me hace sensibles los efectos de la misericordia divina y me recuerda la necesidad que de ella tengo.....

¡Ah! es cierto que si un sacerdote se fijase en lo que hace cuando ejerce su ministerio y correspon-

(1) *Aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam.* (Joan., IV, 14.)

diese á la gracia, en todo hallaría ocasión para enfervorizarse y para correr á pasos agigantados por los caminos del Señor.

3.º *En las pruebas.*—Sí, las penas mismas de que está sembrada la vida son para el sacerdote un medio efficacísimo de santificación..... ¿Le vendrán por parte de las criaturas, de la ingratitud, de la perversidad de los hombres? En estos casos le harán desprendido y purificarán su corazón enseñándole á no confiar ni buscar apoyo más que en Dios.

¿Será á veces Dios mismo el que más de cerca lo prueba con cruces interiores? Entonces cuanto más pesadas, más ventajosas serán para la perfección si las sufre con paciencia y amor. *Quem enim diligit Dominus, castigat: flagellat autem omnem filium, quem recipit* (1). Las tentaciones también hacen más agradable á Dios al que es molestado por ellas..... *faciet etiam cum tentatione proventum* (2). De nuestras mismas defecciones podemos sacar algún provecho, porque ellas nos dan á conocer nuestra profunda miseria y la infinita misericordia del Señor. *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* (3)..... *etiam peccata*, dice San Agustín.

4.º *En nuestras mismas obligaciones.*—Por último, lo que hace resaltar más la sabiduría y bondad de Dios hacia nosotros es que su Providencia ha colocado los más poderosos medios de nuestra santificación precisamente en aquellas cosas que por sí mismas nos obligan á ser santos.

Con justicia se nos exige que seamos santos, pues estamos destinados á ser mediadores entre Dios y el hombre, y por este mismo oficio estamos encargados de la oración pública. Ahora bien, ¿qué cosa hay más á propósito para unirnos con Dios que estos coloquios familiares que Él nos permite tengamos tan á menudo con su infinita Majestad, cuando le presentamos los homenajes y

(1) Hebr., XII, 6.

(2) I Cor., X, 13.

(3) Rom., VIII, 28.

los votos de la Iglesia universal? Mas, si por un lado es menester ser santos para acercarnos al Dios tres veces santo ¿podremos por otra parte comunicar con el principio y la fuente de todas las luces sin estar iluminados: con el *fuego consumidor* (1) sin estar por él abrasados; con nuestro adorable médico sin estar del todo curados y sanos?

Además exige que seamos santos el mismo oficio que desempeñamos de sacrificadores; porque por medio nuestro se ofrece á Dios la más santa de las víctimas. Pero por otra parte ¿quién ignora que una sola Misa bien celebrada, es decir, con todo el fervor de que sea capaz nuestro espíritu, es suficiente ella sola para trocarnos en hombres del todo divinos?

Finalmente, es menester que seamos santos, porque Dios nos escogió como instrumentos para la santificación de las almas. Y ¿qué hacemos en favor de nuestros hermanos que al mismo tiempo no redunte también en provecho nuestro?

No, Señor: no me faltan medios para llegar hasta la cumbre de la perfección que exige mi estado sacerdotal; lo que me falta es velar sobre mí mismo y usar esos medios con provecho de mi alma.

PUNTO II

El buen sacerdote procura usar de todos los medios para santificarse

Todo progreso, aunque pequeño en la caridad divina es para el buen sacerdote de un valor inestimable; porque él no ignora que al más insignificante acto de virtud sobrenatural realizado por el hombre justo, corresponde un grado de gracia en el tiempo, y de gloria en la eternidad: dos bienes que participan de lo infinito. Por lo mismo se aprovecha de todas las ocasiones, grandes y pequeñas; y sabiendo que tratándose de

(1) Deut., IV, 24.

buenas obras ninguna hay de tan poco precio por la que no pueda agradar á Dios, está siempre dispuesto á hacer bien todo lo que hace y á sacar provecho de todo cuanto se le ofrezca para su santificación.

Cuando ocupa la sagrada cátedra se apropia las verdades que predica: primero se dirige á sí mismo las exhortaciones que hace luego á sus hermanos. En el confesonario su fe le revela los prodigios de la gracia de que es instrumento y testigo, y de ciertas almas que le dan enseñanzas de vida interior, de temor y de amor á Dios, recaba motivos de profunda humillación..... ¡Qué cúmulo de tesoros, á veces en un solo día para un sacerdote atento y fiel á las inspiraciones de su conciencia! ¡Cuántos actos de abnegación practica el buen sacerdote con los niños, á la cabecera de los enfermos y en las largas horas que pasa sentado en el tribunal de la penitencia! ¿Quién podrá enumerar las bendiciones que hace llover sobre sí mismo, y sobre la Iglesia, la piedad y el fervor con que reza el santo breviario y celebra el divino Sacrificio?..... Aunque haya sido corto el tiempo que pasó en la observancia y en el fervor, podrá sin embargo decirse de él que vivió largos años y adelantó sobremanera: *Consummatus in brevi explevit tempora multa* (1).

No, Dios mío, Vos no sois el amo duro y cruel, como os llamaban en sus quejas los tristes operarios del Evangelio, ni pretendéis segar en el campo que no sembrasteis. Si bien es verdad que mucho esperáis de vuestros ministros, no dejáis por otra parte de hacer fácil y asequible la santidad que les exigís colmándolos de gracias sin número y socorriéndolos con infinita largueza.

¡Ah, si me pierdo tendré que confesar que ha sido por mi culpa, y que me he perdido á pesar de tantos prodigios de la divina misericordia para salvarme! ¡Oh Jesús! Ya que vuestros oídos escuchan *la preparación del corazón* (2), ya que, sa-

(1) Sap., IV, 13.

(2) Ps. H., X, 17.

ciáis de bienes al alma hambrienta (1), excitad, os lo ruego, y confirmad en mí los deseos santos. Ya estoy dispuesto, por un efecto de vuestra gracia, á recibirlos lo más dignamente que pueda en el sacramento de vuestro amor. ¡Venid, Jesús mío! Venid é inflamadme del más ardiente celo por mi santificación. Dadme esa sed de justicia y de santidad que, según vuestra palabra, es como el principio de mi bienaventuranza: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam*. Otorgadme también el don de poder comunicarla á los demás para que pueda exclamar con el profeta: «Venid á adquirir la verdadera felicidad, no os arre-dre vuestra pobreza: en lugar de oro traed verdaderos deseos. *Omnes sitientes, venite ad aquas: et qui non habetis argentum, properate, emite.... emite absque argento* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen sacerdote encuentra en todo medios para santificarse*. El estudio de las ciencias sagradas le aleja de mil ocasiones peligrosas, y fortalece su fe; adquiriendo un perfecto conocimiento de Dios se estimula más y más para servirle y amarle. Por medio de sus diferentes ministerios á la par que comunica la gracia á sus hermanos puede de continuo aumentar en su favor ese tesoro. Las penas de que está sembrada la vida son también un medio eficazísimo de santificación, de dondequiera que le vengan. Sus mismas obligaciones son para él, si sabe aprovecharlas, un manantial muy fecundo de bendiciones celestiales.

PUNTO SEGUNDO.—*El buen sacerdote es fiel en aprovecharse de todos los medios de santificación que se le presentan*. Todo adelanto en la caridad divina, por leve que sea, tiene para él un valor inapreciable. No desperdicia ocasión alguna grande ni pequeña. Su alma está siempre dispuesta para hacer bien todo lo que hace. ¡Cuántos actos de caridad, de mansedumbre.... practica en el confesonario, á la cabecera de los enfermos, en medio de los niños....! Aun cuando no hubiese pasado sino pocos días en ese fervor habría sin embargo adelantado en gran manera en la virtud.

(1) Luc., I, 53.

(2) Isai., LV, c. 1.

MEDITACIÓN XV

El recogimiento, medio general de santificación, es también su principio

- I. Acercándonos á Dios.
- II. Disminuyendo nuestras tentaciones.
- III. Preservándonos del pecado.

PUNTO I

El recogimiento nos acerca á Dios

El primer paso que da un alma cuando del pecado vuelve á la gracia, ó de la vida tibia pasa á la fervorosa, es el recogimiento. ¿Cómo se efectúa el retorno del hijo pródigo á la casa paterna, del pecador á la virtud? Ambos sienten las aldabadas al corazón, y en uno de aquellos momentos dichosos, en que Dios habla á nuestra alma turbada: ¡Hasta cuándo, les dice, continuaréis descuidando vuestros propios intereses! Entrad en vuestro corazón, prevaricadores: *Reddite, prævaticatores, ad cor* (1).

Conmovidos á tales palabras, entran en sí mismos; y ya los veis volver á la razón, á la fe, á sí mismos, *in se reversus* (2). Sus ojos se abren: el mundo, los placeres, los negocios, la vida, la muerte.... todo se les presenta en su triste realidad. Ven entonces sus errores, reconocen sus delitos; se les revela en cierto modo la santidad, la justicia, la bondad de Dios que los ilumina. De modo que su santidad los obliga á avergonzarse de sus desórdenes, su bondad los llena de rubor á la vista de sus ingratitudes, y su justicia les hace temblar frente á los peligros de que se ven amenazados.... A estas serias reflexiones, pronto suceden firmes propósitos, y con frecuencia los que antes eran grandes pecadores se truecan en grandes santos.... ¿Dónde empezó esta conversión tan hermosa, sino en el recogimiento?

(1) Isai., XLVI, 8.

(2) Luc., XV, 17.

¿Se trata de un alma que del estado de fervor ha caído en la tibieza? Pues el mismo medio producirá el mismo efecto. Recójase por un momento delante de Aquel que dijo: «Ojalá fueras frío ó caliente, mas porque eres tibio, que ni eres frío ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca» (1). Medite después estas terribles palabras, y considere qué fin tendrá el que ha sido rechazado por Dios. Y si es dócil á las inspiraciones de la gracia despertará de su fatal sueño y restituirá á Dios todo su amor.

PUNTO II

El recogimiento nos pone á cubierto de muchas tentaciones

El recogimiento es una especie de llamamiento que hacemos á nuestra memoria, á nuestra voluntad, á las potencias todas de nuestra alma que se habían derramado por fuera, para aplicarlas á Dios y á las cosas divinas. Por lo tanto, vivir en el recogimiento equivale á estar continuamente sobre nosotros mismos secundando los impulsos de la gracia, y gobernando y reprimiendo los movimientos de la naturaleza. De modo que un alma recogida es un alma retirada de las criaturas, que busca á Dios, su santa voluntad y deseos para conformarse en todo con ellos. De lo dicho se comprenderá fácilmente de cuántas tentaciones nos libra esta soledad interior que los santos supieron hallar aun entre los más variados cuidados y las más apremiantes ocupaciones.

San Gregorio aplica al hombre que vive en el recogimiento este hermoso pasaje de Isaías: «El que cierra sus oídos para no escuchar jamás los clamores de la carne y de la sangre, y cierra sus ojos para no ver la maldad, habitará en las alturas más elevadas, como en una fortaleza construída sobre las cumbres del peñasco y bien abastecida de municiones.» El alma ligera y disipada sale continuamente fuera de las puertas de sus sentidos en busca de las cosas de aquí

(1) Apoc., III, 15 y 16.

abajo mendigando de ellas alguna satisfacción natural. Nada hay que no quiera ver, que no quiera saber, teniendo así su corazón sujeto y dispuesto á todas las impresiones que se le presentan. De aquí ideas vanas, juicios falsos, confusión de conciencia y mil peligros á que se arroja inconsideradamente.... ¿Y no es esto acaso buscar nosotros mismos las tentaciones? El alma recogida por el contrario, más cauta y prudente, «ha puesto su refugio en el Altísimo y los males no llegarán á ella (1).» No perdiendo jamás de vista el adorable testigo, no sólo de sus obras, sino hasta de sus pensamientos y de todos sus afectos, ella ve de una sola mirada lo que Dios aprueba ó condena; y según eso, emprende el camino que ha de seguir (2). Ella vela sobre su imaginación y sus sentidos y «la muerte no puede penetrar por sus ventanas ni entrar en su morada (3).»

PUNTO III

El recogimiento nos preserva de las caídas

A medida que sea más perfecto el recogimiento, será mayor la pureza de nuestra vida. En efecto, el pecado es una obra de *tinieblas* y de *debilidad*, es un error, una aberración, un delito: *errare, delinquere*. ¿Qué es necesario para vencerlo y preservarnos de él? Dos cosas que son fruto del recogimiento, á saber: *luz y fuerza*. Un hombre recogido, siendo dueño de sí mismo, goza del pleno ejercicio de su razón y de su fe: regido por la verdad, en lugar de ser dominado por la pasión, ve dónde está el pecado, aunque éste intente ocultarse, y lo ve en toda la deformidad de su odiosa torpeza. Porque, marchando en la presencia de Dios, el hombre en cierto modo goza de Dios contemplando la grandeza, el poder, la justicia y la bondad de este Sér supremo. *Regem*

(1) Ps. XC, 9 y 10.

(2) *Instruam te in via hac, qua gradieris: firmabo super te oculos meos.* (Ps. XXXI, 8.)

(3) *Ascendit mors per fenestras nostras, ingressa est domos nostras.* (Jer., IX, 21).

in decore suo videbunt oculi ejus (1). ¡Oh cuánta luz deja en el alma el recuerdo de un Dios presente, que escudriña nuestras intenciones más ocultas! Aquí está Dios, me está mirando, me juzga..... ¡qué pensamiento!..... ¡Oh! ¡cómo esta divina presencia nos sostiene y fortifica á la vez que nos ilumina! Apenas el alma recogida advierte la tentación cuando, llena de santa indignación, exclama: *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum* (2). ¡Cómo! ¡ofender á Dios, cometer tan monstruosa maldad, pecar contra mi Señor, y pecar en su presencia! ¿Podré yo hacer esto? ¿Me levantaré contra Aquel que tiene absoluto derecho á mi obediencia? Pisotearé su ley, mientras su infinita majestad me inspira respeto, su hermosura me fascina, su bondad me conmueve, su justicia me espanta?..... ¡Ah no, no puede ser! Mas ¡ay que desgraciadamente esto sucede..... y nuestro enemigo no ignora cuánta sea nuestra debilidad cuando la disipación nos sustrae de estas reflexiones tan saludables!

Por eso la Sagrada Escritura atribuye ordinariamente nuestras culpas al olvido en que vivimos de Dios y del recuerdo de su presencia..... «Ciudad perfecta, dice Dios á Jerusalén, tú me has borrado de tu pensamiento, tú te has olvidado de mí, *oblita es mei* (3); y de ahí procede ese diluvio de crímenes que me obligan á que los borre en un diluvio de castigos». Y Daniel no expresa de otro modo la osadía de aquellos impúdicos que, aunque abrumados por el peso de su edad, atentaron contra la castidad de Susana. «Han pervertido su entendimiento y desviaron sus ojos del Cielo para no recordar aquella justicia que vela sobre todo (4).» David asegura que ésta es la causa de los crímenes de los malvados. Olvidáronse del terrible vengador de toda iniquidad

(1) Isai., XXXIII, 17.

(2) Gén., XXXIX, 9.

(3) Jer., XIII, 25.

(4) *Everterunt sensum suum, et declinaverunt oculos suos ut non viderent cælum, neque recordarentur judiciorum justorum.* (Dan., XIII, 9.)

y sus caminos están manchados de la más horrenda perfidia (1). «Por lo que á mí toca, añade el Profeta, he guardado siempre vuestros mandamientos, y he sido fiel á vuestra ley manteniéndome siempre en vuestra presencia (2).»

¡Oh Dios mío, yo me uno todos los días al mismo Profeta, y envidio con él la dicha de aquellos que pasan todos los días de su vida en perfecta inocencia! ¡*Beati immaculati in via!* Porque ¿quién osará subir las gradas del santuario y ascender al monte santo del Señor, sino el hombre de corazón puro y de obras immaculadas? *Quis ascendet in montem Domini? Aut quis stabit in loco sancto ejus? Innocens manibus et mundo corde* (3). Yo podré conseguir ese beneficio, y la pureza de mi alma será parte para que encontréis en mí un santuario menos indigno de Vos, oh Dios mío, si llego á acostumbrarme al recogimiento! Quiero pues, recogerme muy á menudo y alejarme en cuanto pueda de las ocasiones que me distraigan, desconfiando hasta de mi celo cuando éste ponga en peligro la tranquilidad y la paz de mi alma. Sin embargo, vanos serán todos mis esfuerzos si Vos no custodiáis mi espíritu (4), y no me guardáis como la niña de vuestros ojos (5).

Estoy seguro que si me tenéis bajo vuestra custodia y ocupado siempre en Vos, obtendré completa victoria de todos mis enemigos y hasta osaré desafiálos á que jamás me separarán de Vos: *Pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me* (6).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El recogimiento nos acerca á Dios.* Es el primer paso que da un alma al volver del pecado á la gracia,

(1) *Non est Deus in conspectu ejus: inquinatae sunt viæ illius in omni tempore.* (Ps. X, H, 5).

(2) *Servavi mandata tua, et testimonia tua: quia omnes viæ meæ in conspectu tuo.* (Ps. CXVIII, 168).

(3) Ps. XXIII, 3, y 4.

(4) *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.* (Ps. CXXVI, 1).

(5) *Custodi me, ut pupillam oculi.* (Ps. XVI, 8).

(6) Job, XVII, 3.

ó de la disipación á una vida fervorosa. El hijo pródigo vuelve en sí mismo y se abren sus ojos. Hé aquí lo que debe hacer el alma tibia y relajada. Medite seriamente estas palabras: *porque eres tibio te arrojaré de mi boca*; y sin duda que despertará de ese sueño fatal.

PUNTO SEGUNDO.—*El recogimiento aleja de nosotros muchas tentaciones.* Vivir en el recogimiento equivale á conservarse en una dulce pero continua atención á los movimientos de la gracia para secundarlos, y á los de la naturaleza para reprimirlos ó corregirlos. Un alma disipada va de continuo buscando al exterior alguna satisfacción natural.... ella misma parece que va en busca de las tentaciones.

PUNTO TERCERO.—*El recogimiento nos preserva del pecado.* En efecto, comunica á nuestra alma luz y fuerza, en cuya virtud podemos triunfar del pecado que es obra de *tinieblas y flaqueza*. ¡Aquí está Dios: El me ve..... este pensamiento sostiene á la vez que ilumina. Hé aquí porqué la Sagrada Escritura atribuye de ordinario las caídas en el pecado al olvido de Dios, y por otra parte reconoce que la perseverancia en su justicia es debida al recuerdo de su presencia.

MEDITACIÓN XVI

Felicidad del sacerdote recogido

- I. Sus rápidos progresos en la santidad.
- II. Su semejanza con los bienaventurados.

PUNTO I

Rápidos progresos en la santidad

El recogimiento nos hace progresar á pasos agigantados en la santidad por las gracias que atrae sobre nosotros, por las buenas obras y méritos de que va llenando nuestros días, y por la continua práctica de las virtudes.

1.º El corazón de Dios es un tesoro inagotable. Todas sus delicias son enriquecernos de sus dones, y no contento con esto, El mismo nos excita á que se los pidamos; y cuando ve en nosotros las

debidas disposiciones no sólo para recibirlos, sino también para usar de ellos, según los designios de su paternal Providencia, entonces los derrama sin medida sobre nuestra alma.

Ahora bien, ya sea para atraer sobre nosotros los divinos socorros, ya para aprovecharnos mejor de ellos, la mejor disposición es vivir recogido, no buscando nuestra alma sino á Dios para adorarle, bendecirle é invocarle. De modo que esta alma, manteniéndose siempre elevada con el espíritu y con el corazón en Dios, puede decirse que pasa sus días en oración continua. *Continuum desiderium, continua oratio* (1). Y acompañando su oración de toda aquella atención, respeto, confianza y amor que la hacen agradable al Señor, no es posible que pida y no obtenga.

Por eso la Iglesia que tanto confía en la oración pública, ha ordenado á sus ministros que se preparen á ella con un acto de recogimiento: *Aperi, Domine, etcétera.*

¡Oh cuán dulce es para un sacerdote recogido el rezo del oficio divino, mientras resulta un peso insoportable al sacerdote disipado! ¡Qué de dones espirituales atrae sobre el primero, y de cuántas irreverencias y desdichas es ocasión para el segundo.

Además, merced al recogimiento, yo llego á ser dueño de mí mismo, «hallo siempre mi corazón dispuesto á orar, sin necesidad de irlo á buscar en otra parte (2).» Desde ese instante las frases con que el real Profeta derrama su espíritu delante de Dios, para mí, no son solamente vanas palabras, sino que poseído de sus mismos sentimientos, me deleito en ellos con fruición. Gusto entonces en toda su dulzura las admirables fórmulas que pronuncio en el altar, al administrar los Sacramentos y en las diversas prácticas de piedad: *Orabo spiritu, orabo et mente* (3).

(1) San Agustín.

(2) II Reg., VII, 27.

(3) I Cor., XIV, 15.